

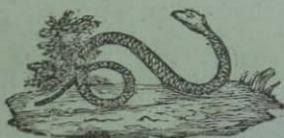
INSTRUCCION POPULAR

CONTRA EL

COLERA--MORBO--ASIATICO,

POR

D. JOSÉ ANDREY DE SIERRA.



Santiago:

Establecimiento tip. de José R. RUBIAL.

1863.

C-72
23

M. 12405

C-72
23

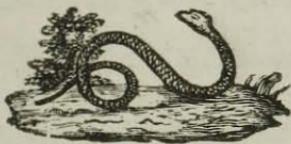
MONTERREY
Librería Anticuaria
de Galicia
G. Aranda, 18-Tel. 16843
VIGO

R. 2. 212

INSTRUCCION POPULAR
CONTRA EL
COLERA--MORBO--ASIATICO.

POR

D. JOSÉ ANDREY DE SIERRA.



Santiago:
Estab. tip. de JOSÉ R. RUBIAL.
1865.

R. 12339

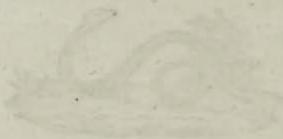
31
24

RESTAURACION POPULAR

RENOVACION

COLETA-MORRO-ASATILO

D. JOSE ANDREY DE SIENRA



— Santiago —

— Imprenta de José M. ...

1900

INTRODUCCION.

Una palabra fatídica hace poco tiempo que resuena por todos los ámbitos de Europa.

Italia es la primera ración que la pronuncia atónita despues de pasada una década en que parecia haberse borrado de los diccionarios de las lenguas occidentales y aún del vocabulario médico.

Esta palabra todos la adivinan al punto; porque todos la sienten y temen; porque expresa una idea gravada profundamente con caracteres indelebles en la conciencia humana desde principios de este siglo.

Empero, al mismo tiempo se elude pronunciarla ó se hace con timidez, ora por los lúgubres recuerdos que evoca, ora por los funestos presentimientos que entraña un nombre tan terrorífico.

Nosotros vamos á nombrarla y repetirla muchas veces en estos breves apuntes, que trazamos

en obsequio del bien público, único y esclusivo móvil que nos impulsa á publicarlos.

¡Cólera--morbo--asiático! Esta cruel enfermedad, que bajo la forma contagioso-epidémica constituye un terrible azote de la humanidad, ha vuelto por tercera vez á nuestra pátria, llevando consigo, como siempre, el espanto, el luto y la desolacion á ricas y populosas ciudades, á villas y aldeas de varias provincias del Este y Sur de la península durante, hasta ahora, su breve permanencia.

En medio de la natural aficcion que las provincias respetadas por el azote tenian hácia las que sufrían sus estragos, una consoladora idea abria en todas ancha puerta á esperanzas alagüeñas la proximidad del invierno. Más la temperatura baja, vientos del S. O. y N. O. agitan la atmósfera, lluvias abundantes la refrescan por todas partes, y no obstante, lejos de ceder el cólera en los puntos primitivamente invadidos ó disminuir al menos de violencia, se estaciona ó recrudece; lejos de circunscribirse á su ya estensa zona marítima, la ensancha en el interior, llegando hasta el corazón de la Península; y Madrid, como Barcelona y Valencia, Sevilla y Palma, Murcia y Cartagena, tiene tambien que gemir amargamente los estragos del huesped de la India. Igual pánico que se apodera de barceloneses, valencianos y palmenses, acomete á madrileños, y la desbandada de muchas familias que abandonan hogar, intereses, afecciones y hasta la pátria comun, vienen á recargar de negras tintas un cuadro de suyo afflictivo y sombrío.

Y en medio de tantas calamidades como afligen á España, y antes y con ella á la vez, á Turquía, Italia y Francia, ¿que han hecho sus gobiernos para prevenir tan funesto contagio? Doloroso es decirlo, nada; cruzarse de brazos ante enemigo tan formidable; permanecer aletargados con el vértigo del fatalismo, y adoptar por toda medida preventiva el disimulo y la ocultacion. Con tan funesto sistema tan solo han logrado favorecer su invasion, dár al pánico natural de las poblaciones invadidas grandes proporciones y multiplicar el numero de victimas.

Porque es evidente, que se disminuyen tanto más las probabilidades de los grandes peligros cuanto con más anticipacion se conocen, ya para preservarse de ellos, si es posible, ya para disponer moral y físicamente á resistirlos. ¿Qué sucederia, en efecto, á una plaza sitiada por formidable enemigo si su comandante ocultase á los moradores el número de combatientes, sus medios y propósitos destructores, manifestándoles, por el contrario, su impotencia y lo inofensivo de sus ataques? Que una noche los despertaria aterrados el horrisono y ronco tronar de los cañones, el estridente estallido de las bombas, y el incendio, los ayes, la muerte y el esterminio por dó quiera.

Análogos efectos produce el malhadado sistema de ocultacion aplicado á las desoladoras epidemias. Efectivamente, cuando estas llegan á su apogeo; cuando centenares de victimas de todas las clases sociales, sexos y edades sucumben rapidamente á sus ataques; cuando llegan los tremendos dias en que se entorpecen ó paran casi todos los resortes de la sociedad, resumiendo toda su activi-

dad las profesiones humanitarias y evangélicas con todas las personas en cuyo corazon arde el fuego sagrado de la caridad cristiana, ó bien, cuando el imponente silencio de la ciudad tan solo lo interrumpen el trote del caballo ó el rápido rodar del carruaje del médico, los precipitados pasos de las personas, que despavoridas corren en pól de los auxilios de la religion y la ciencia, y del sacerdote que lleva al moribundo los últimos sacramentos, los sordos ayes y luctuosos lamentos que por todas partes se exalan mezclados con el suave murmullo de la oracion, que brota entonces espontánea y sincera de todos los creyentes pidiendo á Dios misericordia, y finalmente, el lúgubre ruido nocturno del carro mortuorio, entonces los indiferentes, los que hacen alarde de un valor no sentido, y los que poco antes abogaban por la ocultacion del peligro, tiemblan ó huyen, y si son poder, dictan pavorosos las órdenes más severas para que se cumplan las leyes vigentes de sanidad y para que todos los empleados, firmes en sus puestos, llenen cumplidamente la mision que les compete; entonces, tambien, las autoridades redoblan su celo sanitario; arbitranse recursos; llámanse á las puertas, nunca cerradas, de la caridad cristiana, y en suma, plantéase al punto cuanto la ciencia aconseja de útil y benéfico: medidas excelentes, auxilios preciosos, si en gran parte no los esterelizasen su tardanza é inoportunidad.

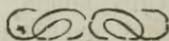
Increible parece que tras la dolorosa experiencia, á tanta costa adquirida, de las terribles invasiones del cólera en 1834 y 1854 y 55, ni los gobiernos tengan un criterio fijo á que ajustar su conducta sanitaria en tan calamitosas circunstan-

cias, ni los médicos principios ó reglas generales que dirijan su práctica. Esto es más lamentable cuando se considera que la sana observacion tiene enseñado bastante á unos y otros para que cumplan respectivamente su elevada mision con grandes beneficios de la humanidad afligida.

No entra en nuestras miras dar consejos ni hacer advertencias tan altas, porque plumas más ilustradas que la nuestra ya se los dieron y dan á ambos, y se los repetirán tal vez, si así lo juzgasen conveniente. Nuestro papel es más modesto y cual requiere la persona que lo desempeña. Exponer tan solo los conocimientos que más puedan interesar á las familias para preservarse, en lo posible, de la pestilencia colérica, reconocerla á tiempo, atacarla oportunamente con recursos provechosos hasta la llegada del médico, satisfacer las preguntas que todos le hacen en tan angustiosas circunstancias, á fin de formar una opinion médica vulgar tan necesaria en una enfermedad de tamaña gravedad, de tan brevísimo curso y de tan rápida propagacion, decir, finalmente, á todos la verdad pura, desnuda de todo atavio ó espuesta en estilo sencillo, es el único y esclusivo objeto de estos apuntes, que dedicamos en particular á los habitantes de Compostela y de Galicia toda, respetada hasta hoy por la cruel epidemia que le está formando un cerco temible, de cuyo formidable asalto tan solo podrá librarla la divina Providencia, y á esta ciudad además la intercesion del Patron de España, cuyo cuerpo se venera con grande piedad y pompa en su grandiosa basilica.

En toda epidemia los estraños á la ciencia de curar hacen frecuentemente á los que la profesan estas ó análogas preguntas. ¿La enfermedad reinante es contagiosa? ¿Posee la medicina medios seguros para preservarse de ella? ¿Como se anuncia y dá á conocer? ¿Se conoce el tratamiento conveniente á todos los casos? ¿Debe tenerse en casa algo preparado con anticipacion para atacar al mal desde los primeros momentos?

Si tales preguntas, dictadas por el sentido comun, se dirigen al médico en las epidemias comunes ó indígenas, con más justificado motivo se insiste en ellas cuando hay, ó se teme, una exótica ó estraña como la del cólera, que por la violencia de sus acometidas, por la suma brevedad de su curso, y por la rapidez con que cadaveriza el cuerpo más lozano y la fisonomía más jóven y bella, inspira un horror superior á otras mas mortíferas, más estragadoras. Nosotros vamos á contestarlas en términos breves y precisos, haciéndonos eco fiel de lo que la sana observacion ha enseñado á los prácticos más distinguidos de todos los paises, de lo que dictan los principios y leyes experimentales de la ciencia secular, y en suma, de lo que nosotros hemos aprendido en las dos epidemias pasadas.



CONTAGIOSIDAD DEL COLERA.

Puede definirse el cólera diciendo, que es una enfermedad agudísima; que afecta profundamente los resortes principales de la vida; que invade casi siempre benigna é insidiosamente; que se trasmite por contagio, y en suma, que si se desconocen los específicos preservativo y curativo y su causa determinante, se concen grande número de sus causas predisponentes y ocasionales y los efectos de aquella en el organismo.

Tales son los puntos esenciales que se destacan en esta enfermedad, considerada de un modo general, y que la relacionan intimamente con casi todas las grandes pestilencias que azotan la humanidad desde remotos tiempos.

Uno de los caracteres culminantes de esta analogía, cuyo conocimiento importa más á los gobiernos y á los individuos para la preservacion pública y privada, es el contagio. Porque si el cólera no fuese contagioso, y si tan solo epidémico, inútiles por demás serian y perjudiciales á los intereses públicos cuantas medidas coercitivas dictase el poder supremo para preservar á los pueblos de sus ataques, como insuficientes la mayor parte de las que tomasen las personas para sustraerse del influjo dañino de la atmósfera. ¿Acaso está en lo

posible impedir los cambios eléctricos, la formación del ozono y de los grandes meteoros, ó si se quiere, el desarrollo de seres vivos microscópicos animales ó vegetales, ó de algun cambio atmosférico desconocido, del *algo divino* de los antiguos? ¿Por ventura se puede poner una barrera á los vientos conductores de atmosfera infecciosa ó cargada de miasmas mortíferos? La idea, pues, de que el cólera es exclusivamente epidémico anula toda prevención general y reduce casi á la impotencia las precauciones individuales.

Pero, afortunadamente el cólera-indiano es contagioso: afortunadamente, repetimos. Porque, ¿qué fuera de la Europa y de la humanidad entera si azote tan tremendo reconociese por causa un algo cualquiera formado espontaneamente en la atmósfera, ó algun gérmen morbífico traído por los aires de apartadas regiones?: que sufriríamos sus ataques con una frecuencia casi igual á la de las enfermedades comunes.

Para los males contagiosos, volvemos á decir, cabe la prevision humana; para los que dimanán de constituciones médicas, ó de esta los especiales de la atmósfera, á bien poco llega su alcance.

El cólera es, pues, una enfermedad evidentemente contagiosa, es decir, importable de largas distancias por las personas y cosas, y trasmisible de enfermos á sanos por medio de los efectos que ensucian con sus evacuaciones y por la inficionada atmósfera que los circunda. De aquí, que á semejanza con otras epidémias de indisputable caracter contagioso, por ejemplo, de fiebre amarilla, de tifus europeo ó de oriente, de disenteria y

otras, la colérica camina por etapas, esto es, invade sucesivamente diversos países y localidades, deteniéndose en ellos más ó menos tiempo y no pasando, generalmente, á unos sin haberse estinguido ó disminuido mucho en otro más ó menos distante; atraviesa largos espacios salvando los puntos intermedios; sigue las vías de comunicacion, y acomete con violencia y hace numerosas víctimas en una parroquia, una calle, una acera de casas y respeta las demás.

Estos hechos y otros varios que pudiéramos aducir, conocidos de cuantos han tenido la desgracia de presenciar una epidemia colérica, prueban su contagiosidad hasta la última evidencia.

Esto no le quita, en parte, su caracter epidémico local, que adquiere, con posterioridad á su invasion en un punto dado, despues de haberse estendido mucho por él y formado grandes focos de infeccion. No obstante, esta atmósfera infecciosa no trasmite la enfermedad á otros pueblos, queda limitada á la zona de la poblacion y con frecuencia á una parte de la misma. En estas circunstancias de localidad, tal vez, se propague la enfermedad indistintamente por infeccion y contagio; más téngase entendido, que en su tránsito á otras, lo verifica por la indeclinable ley de la contagiosidad.

Ya lo sabeis, el cólera-indiano es contagioso. No os lo aseguramos por nuestra propia autoridad; las más legítimas de la ciencia, unánimes hoy, lo proclaman con empeño, apoyándose en la observacion más exacta y en la experiencia más incontrastable. Pero los hijos de Galicia no

necesitan que esta amarga verdad se la diga la ciencia. Hechos clarísimos, que no han olvidado, ocurridos en la invasion de 1854 en que vieron los primeros penetrar el mónstruo de la India por su litoral del Sur, devastando en poco tiempo importantes poblaciones de su fértil y ameno territorio, le llevaron á su ánimo la conviccion más profunda.

Si la primera aparicion del cólera en Europa sorprendió á los médicos la novedad del mal, su inesperada acometida, lo violento de sus accesos, su rápida propagacion, sus horrendos estragos y su corta duracion, no pudiendo en su virtud formar un juicio sólido de su caracter epidémico ó contagioso, la segunda les instruyó bastante para aconsejar á los gobiernos europeos medidas de higiene pública de grande interés y trascendencia.

Si estos han desoido tan desinteresados y humanitarios consejos y continuado rindiendo culto á los Dioses modernos, la Industria y Comercio, cuya libertad querian entorpecer en posteriores amagos de esta epidémia la ciencia médica y el sentido comun de los pueblos, contagionistas recalcitrantes, son responsables de esta tercera invasion, que amargamente deploramos, y la historia imparcial les acusará, quizá, en su dia del delito de lesa humanidad.

Una risueña esperanza, sin embargo, debe animar á todos. La nacion más culta y poderosa de Europa se ocupa seriamente del cólera. Francia invita á todos los gobiernos á tomar parte en una conferencia diplomática que acuerde

las medidas sanitarias más eficaces para lo porvenir. También Inglaterra, la sacerdotisa suprema del templo de la Industria y Comercio libres, la celosa vestal encargada de mantener siempre vivo su fuego sagrado, tiembla al asomar en su suelo el peligro, y por su órgano más autorizado en la prensa, el *Times*, pide al gobierno que adopte medidas preventivas; es decir, que no tema cerrar temporalmente el templo predilecto de su culto. España, que tiene la honra de haber sido la primera nación que reconoció la conveniencia de atacar al cólera-morbo en su misma cuna, cumplirá ahora en este vital asunto la misión elevada que le compete permaneciendo fiel á sus gloriosos antecedentes.

La venda, pues, que cegaba á Europa por fin ha caído. Démosle gracias á la divina Providencia por tan singular beneficio, y pidámosle que esta sea la última vez que el cólera-indiano cubra con estenso sudario los pueblos de occidente.

PROFILAXIS DEL CÓLERA

6

Higiene y Medicina preventivas.

Poderse preservar del cólera-asiático supone una de éstas dos cosas, ó que se está en posesión de un medio seguro é infalible capaz de dar á

todas las personas, cualesquiera que sean sus condiciones fisiológicas y morbosas, la inmunidad del contagio, ó que, conocida la causa específica determinante, se tienen medios poderosos para contrarrestar ó evitar su influencia. ¿Nuestros actuales conocimientos alcanzan á tanto? Vamos á contestar á esta gran cuestion, que tanto preocupa al vulgo, en muy breves palabras.

Por sensible que sea decirlo, ni hay preservativo alguno infalible, ni es conocida la causa específica de la epidemia. Engaña torpe y miserablemente al público quien le infunde seguridad en cualquier medicamento ó amuleto de los que por desgracia se preconizan demasiado en esas épocas calamitosas. No existe, sin embargo, motivo alguno fundado para desmayar en vista de la carencia de un arma preventiva segura con que combatir á enemigo tan poderoso. ¿La tenemos, acaso, para librarnos de la fiebre tifoidea y croup, del sarampion, escarlatina y disenteria, enfermedades, que cuando reinan epidémicamente, son tan mortíferas y contagiosas como el mismo cólera? Nó; y á pesar de esto nadie se alarma con su presencia, ni culpa á la ciencia de nulidad, ni acepta sin reserva lo que el charlatanismo y la mejor buena fé de algunos aconseja como infalible preservativo. La ciencia no posee más que uno solo de estos, la vacuna para la viruela, que como es sabido, si exime temporalmente de este mal contagioso es acosta del desarrollo de otro idéntico no exento siempre de peligro.

El cólera, pues, ya se le considere bajo el

aspecto epidémico, ya bajo el contagioso, no está por encima de las otras epidemias y contagios, y aún puede colocarse por debajo de alguno de los citados, de la disenteria por ejemplo. Entiéndalo bien el público, el terror grande que le causa el cólera no puede apoyarse en la mayor actividad de su propiedad contagiosa ni en la mayor energía de su caracter secundario epidémico, únicas circunstancias que pudieran legitimarlo. La experiencia tiene enseñado, que no se corre más riesgo de ser atacado por el cólera que por las otras enfermedades epidémicas: pues, aún suponiendo que los individuos se hallen expuestos á las condiciones más desfavorables, puede calcularse la proporción de los acometidos de uno á treinta, es decir, que de treinta sanos á uno solo toca la epidemia.

Si no existe medicamento alguno específico que anule en el organismo la facultad de receptibilidad que pueda tener al agente colérico y que constituya á las personas que lo usen refractarias á su acción, impunes á su contagio; si la causa específica determinante del cólera permanece ignorada (y lo estará siempre); en cambio, la sana observación médica ha podido apreciar justamente un conjunto de causas predisponentes y ocasionales, ó de circunstancias individuales y externas, que favorecen su desarrollo, y de las que ha deducido medidas preservativas de una utilidad relativamente incontestable. Estas predisposiciones y ocasiones que ausilian poderosamente la acción de la causa desconocida colérica se refieren á los desarreglos en el método de vida, á las pasiones

de ánimo y al estado de los lugares que habitamos, causas todas dependientes más ó menos de nuestra voluntad y que en su virtud podemos contrarrestar.

Difícil, en verdad, es dictar reglas de higiene preservativa individual aplicables á todos en epidémias tan devastadoras como la del cólera. Son tan numerosas las circunstancias particulares y exteriores capaces de modificarlas que sería vano empeño, y por demás enojosa tarea, si nos propusiésemos detallarlas.

Una ley general, sin embargo, puede sentarse y es, que la conducta y método de vida de los habitantes de un pueblo sometido á la epidemia colérica debe ser, en cuanto sea posible, uniforme y armónica. Porque importa tener presente, que las poblaciones, en tan afflictivo estado, se constituyen en un vasto hospital donde no hay más que enfermos, y de miedo la inmensa mayoría.

Hémos pronunciado la palabra *miedo*, dándole gran importancia, y esto exige una esplicacion para legitimar nuestros asertos.

Temer prudentemente los peligros es dar muestra de cordura, de sensatez y de religiosidad: el que tiene este temor reflexivo no busca con temeridad el peligro, pero tampoco lo rehuye; antes al contrario, con la conciencia tranquila y el corazón inflamado por la caridad evangélica, se acerca á sus hermanos en los aciagos días del contagio y la epidemia y les prodiga toda clase de auxilios y consuelos. Este género de miedo expresa el valor bien entendido, el que su-

giere los más nobles sentimientos, las más levantadas acciones. El temor irreflexivo, ó sea el pánico, exagera el peligro y los medios de conjurarlo, abate el espíritu, seca la fuente de los sentimientos expansivos y altera la salud: el poseído de este temor insensato, muy generalizado en las grandes pestilencias, indica cobardía, egoísmo y, lo que es peor, una grave enfermedad en la que se hallan notablemente perturbadas las potencias intelectuales y las funciones orgánicas. El que padece de este mal en su grado máximo bien puede aconsejarsele que huya á tiempo, ó sinó que prepare la mortaja.

Hay otra especie de miedo, tan grave como el anterior, y es el que se reviste con la máscara del valor fanfarron. El que de este hace alarde no tiene fé en los preceptos de la ciencia, los esquivo ó escarnece con maligna sonrisa; pero, convulsas siempre las fibras de su corazón, palidece á cada paso al oír hablar del peligro, por más esfuerzos que hace en mostrar serena su faz. Y por último, el valor temerario é imprudente ocasiona análogos efectos; porque quien le tiene desafía el peligro, lo busca, sin tomar ningun género de precauciones y aún viviendo la vida del desenfreno.

Si, pues, siempre acompaña á la epidemia cólerica la del miedo en sus varias formas, y si á esta se junta la universal ó sea la del abatimiento de ánimo que produce en todo corazón sensible, ya que no los golpes, la vista de tanto infortunio, de tanto desastre, de tanto luto, de tantas lágrimas, tendremos demostrado suficientemente lo que

más arriba decíamos, que en todo pueblo epidemiado por el cólera no se ven sinó enfermos con trastornos funcionales análogos.

Las causas morales mencionadas van á reflejar su accion perturbadora á las funciones digestivas. De aquí, que apenas el cólera amenaza invadir un pueblo, cuando ya comienzan á notarse en los débiles, impresionables y miedosos digestiones lentas, inapetencias, cólicos, diarreas y otras incomodidades, que se generalizan, desde que se adquiere el convencimiento de su existencia. Hecho tan universalmente observado, ha servido de apoyo principal á la opinion de la epidemicidad, atribuyéndolo al influjo maléfico de un *algo* atmosférico, que algunos de los que se han consagrado á este difícil é importante estudio creyeron encontrar.

Es tanto más necesaria la necesidad de inculcar la posible identidad en la conducta y régimen de vida, cuanto que se observan multitud de preocupaciones populares que llegan á esterilizar, con notable detrimento de la salud pública, los más saludables esfuerzos de los médicos y de las juntas sanitarias. Así, mientras que las personas sensatas acogen gozosas cuanto la ciencia aconseja de útil y conveniente en estos casos, las meticulosas lo exageran, los licenciosos y los espíritus fuertes (los nécios) lo escarnecen y aún proclaman, no tan solo la inocuidad, sinó hasta la conveniencia de toda clase de escesos. A todos estos preocupados les rogamos, que depongan en aras del bien público sus absurdas creencias, y que no desoigan los desinteresados consejos que les dan,

los encargados de velar por la salud y la vida humanas.

Resumamos ahora la higiene preservativa, que en general conviene á todos, y de cuyos preceptos podrá en parte prescindirse, previo parecer médico, atendidas las costumbres fisiológicas y hábitos higiénicos individuales.

Alimentacion. El mal uso de los alimentos en cantidad y calidad merece fijar la atencion comun por ser una de las causas más abonadas que favorecen la especial del cólera; porque sabido es, que la más simple indigestion franquea la entrada á esta terrible enfermedad. Comer, pues, con moderacion y templanza sin satisfacer por completo el apetito; no pasar rápidamente del régimen habitual alimenticio al que se aconseja, si no es muy desarreglado; consultar las aptitudes y repugnancias individuales del estómago, ó preferir, en general, los alimentos que sienten mejor á cada uno ó á que esté más habituado; metodizar las comidas, no haciendo una sola si esta es copiosa; cenar ligeramente y no salir en ayunas, son preceptos saludables, que si en épocas normales pueden quebrantarse sin graves consecuencias, en las de cólera pocas veces quedan impunes.

Los alimentos que deben desecharse como más ó menos nocivos son; toda especie de carne, tocino y pescado en malas condiciones; la carne en cecina; la de cerdo fresca ó salada; las salchichas; las morcillas; el pescado en escabeche ó salado de cualquier modo; los mariscos; las frutas poco maduras ó pasadas; las ensaladas crudas; las verduras flatulentas, como las coles y coliflores; las

setas ú hongos; los guisados cargados de especias y de grasa; las empanadas y pasteles; las salsas extranjeras y nacionales; los tomates y pimientos preparados de cualquier modo; las frutas en conserva y las naturales muy acuosas; y finalmente, cuanto la experiencia haya enseñado á cada uno serle indigesto á pesar de su bondad intrínseca. Dedúcese de aquí implícitamente el régimen alimenticio más conveniente ó adecuado en tales circunstancias; detallémosle para mayor claridad.

El desayuno puede hacerse indiferentemente con chocolate, té ó café con poca leche y algunas tostadas; es bueno tambien, con especialidad para niños, las sopas de ajo ó de manteca de vaca. Constituirán la comida mayor ó de la tarde, sopa de caldo limpio; buen cocido; carnes fritas, cocidas, asadas ó guisadas con poca grasa y especias; pescados blandos; alguna verdura de buena calidad y ensalada cocida para las personas acostumbradas á muchos vegetales; poca y madura fruta; una copa de buen vino y una taza de té ó café. La cena, por último, siempre ligera, la pueden formar, sopa de caldo limpio; huevos frescos pasados por agua, y una taza de té encima.

Bebidas. La cantidad, calidad y temperatura de las bebidas deben ser objeto de especial cuidado, mientras dura el cólera, por lo que favorecen su desarrollo, ya la calidad de algunas, ya lo inmoderado ó extemporáneo de su uso. El agua más pura, tomada en moderada cantidad á la temperatura ordinaria cuando el cuerpo no está acalorado, y ligeramente templada con la adición de una cu-

charada de vino poco espirituoso, en el caso contrario, es la mejor y más sana bebida; la leche usada en el chocolate, té, café, ó muy aguada y templada, no tiene inconveniente; los vinos, que en moderada cantidad se tomen en comida y cena, deben ser tintos, secos ó ásperos, ó bien generosos; puede permitirse sobre la comida principal un poco de rom ó ginebra legítimos á los que lo tienen de costumbre. Las bebidas que deben desecharse son; los sorbetes y helados; las aguas minerales; la cerveza; la cidra; los vinos dulces artificiales, los acidulos y los muy espirituosos; el champaña despues de la comida; y sobre todo, los licores compuestos, cualesquiera que sean las sustancias que lleven. No se inculcará demasiado lo perjudicial que es á las clases pobres la general costumbre de desayunarse con un vaso de aguardiente ó rosoli, y peor aún, si no lo acompaña algun alimento: tengan, pues, entendido que si no la abandonan, durante la epidemia al menos, no tardará esta en hacerles sentir sus rigores.

Vestidos y aseo personal. Conservar libre la traspiracion es uno de los mejores preservativos contra el cólera: dos cosas se necesitan para conseguirlo, limpieza en la piel y abrigo.

Mantienen el cuerpo limpio, ya el uso de baños templados generales de agua natural (uno á la semana de diez minutos), ya las lavaduras frecuentes de todo el cuerpo con agua caliente jabonosa, seguidos unos y otras de friegas con un pedazo de franela; á esta limpieza de la piel va unida la muda á menudo de ropa interior,

especialmente de medias ó calcetas. No basta tener limpio el cuerpo si no se le abriga bien: este objeto lo llena cumplido el vestido interior de franela ó de cualquier otro tegido de lana; la ropa exterior conveniente, segun la estacion; una faja de lana aplicada en derredor del vientre, y un calzado grueso y de abrigo. Estos preceptos deben observarse con la mayor escrupulosidad posible, en particular por parte de los niños, viejos y mujeres, á las que les recomendamos, además, la conveniencia de que supriman el corsé, substituyéndole con un justillo de lana, pues toda compresion del cuerpo es perjudicial.

Ejercicio. Deberán evitarse las fatigas de cuerpo y espíritu que determinan los excesivos trabajos mecánicos ó intelectuales. Un trabajo moderado físico é intelectual, y paseos cortos á buena hora de la mañana y tarde por los sitios más secos y abiertos, son de alta conveniencia, particularmente á los sujetos de vida sedentaria y á los que tienen profesiones ú oficios que obligan á permanecer sentado mucho tiempo. El ejercicio al aire libre con el abrigo necesario, evitando la humedad y el calor, equilibra las funciones orgánicas y da á las nerviosas y al abatido ánimo el temple necesario.

Pasiones. El influjo de lo moral en lo físico todos lo reconocen, porque cada uno tiene en sí mismo numerosas y frecuentes ocasiones de experimentarlo cuando sale de sus naturales límites. Los afectos de ánimo escitantes y deprimentos, si son intensos, repetidos ó sostenidos largo tiempo, se convierten en causas ocasionales de mu-

chas enfermedades comunes, como en predisponentes de todas las epidémicas y del cólera con especialidad. Entre los primeros ocupa el primer lugar la ira, pudiéndose decir, que un arrebato de esta, ó sea un acceso de cólera moral, abre las puertas al cólera físico. Otro tanto es aplicable á los grandes sustos, á la profunda tristeza y al pánico de la epidemia. Compréndese bien, que la fuerte sacudida que experimentan los nervios, la debilidad física que le sucede, la ansiedad y prostracion de espíritu y los trastornos de las funciones digestivas, que son el resultado inmediato de esos movimientos fuertes del alma ó que los acompañan, han de favorecer mucho el contagio y la infeccion del cólera. En consecuencia de esto, es muy necesario dominar las pasiones cuanto sea posible, oponiendo á todas la mayor serenidad de corazón y la tranquilidad más completa de espíritu.

Una pasion hay, sin embargo, de que queremos hacer párrafo aparte, la lujuria. La virtud de la castidad absoluta y relativa, siempre es loable, siempre meritoria, siempre conveniente; como el vicio de la incontinencia perjudica siempre al cuerpo, que debilita, y al espíritu, que degrada, conculcando además las leyes religiosas, morales y sociales. Es, pues, necesaria la mayor circunspeccion en el tálamo nupcial y la mayor severidad á este respecto en las costumbres generales.

Atmósfera. El frío, el calor y la humedad exteriores y el aire de las casas y calles infestadas, son las condiciones atmosféricas que exigen precauciones. Preservarse cuanto se pueda del frío y calor escesivos; no pasar bruscamente de este á aquél,

con especialidad estando sudando, y evitar la impresion de la humedad fria son preceptos, que si buenos en todos tiempos y circunstancias, sónlo más en los de cólera, en que los enfriamientos, los constipados y las irritaciones por el calor dañan en tan alto grado. De aquí se sigue la necesidad del abrigo interior; de no salir por la mañana temprano, ni á horas de fuerte sol, ni de noche; de no mojarse la ropa, y cuando esto acontezca, de mudarla al punto; de evitar las corrientes de aire frio tapándose la boca con pañuelo flojo, y en suma, no entrar sin necesidad en las casas infestadas. Cuando esto último no se pueda ni se deba eludir, conviene hacerlo con estas precauciones, particularmente en las viviendas donde nada se ha hecho ni hace para sanearlas: cambiar con frecuencia la ropa puesta; llevar rociada la exterior, ó bien humedecido el pañuelo, con una disolucion cargada de cloruro de calcio; permanecer poco tiempo al lado del enfermo, y lavar muchas veces las manos con esta agua ó con vinagre.

Saneamiento natural de las habitaciones. He aquí un punto de policia sanitaria doméstica, siempre de sumo interés en las familias celosas por la salud, y cuya importancia acrece en las grandes pestilencias por el bien procomunal que produce. Así es, que están por encima de todo encarecimiento la adopcion de las siguientes medidas.—1.^a: Blanquear las habitaciones. 2.^a: No dormir muchas personas en un mismo aposento. 3.^a: Elegir para dormitorio, siempre que se pueda, los pisos altos, ó bien las viviendas que ten-

gan ventanas al aire libre. 4.º: Ventilar mucho la casa teniendo abiertas las ventanas durante algunas horas. 5.º: Limpiarla toda escrupulosamente,—aposentos, patios, patinillos, escaleras, portales y cuadras,—sacando pronto de ella cuantas inmundicias hubiere. 6.º: Atender con especial esmero á la mayor limpieza de vertederos, sumideros y letrinas, estrayendo frecuentemente de estas el estiércol, lavando á menudo estos servicios y rociándolos con la disolucion de cloruro de cal, si diesen mal olor. 7.º: No conviene criar en casa animales domésticos, como cerdos, gallinas, palomas, etc., á no ser que hubiese en ella local espacioso y adecuado. 8.º: Quitar á las habitaciones toda causa accidental de humedad, como goteras, infiltracion de agua en las paredes, etc. 9.º y última: Airear diariamente los colchones, ropas de cama y de uso comun, exponiéndolas una ó dos horas en sitio abierto.

Saneamiento artificial de las casas y cosas. Si importante es el exacto cumplimiento de los preceptos anteriores para mantener nuestras viviendas en las mejores condiciones de sanidad, conviene saber, que la mayoría de las casas de las grandes ciudades carecen de buenas condiciones higiénicas, y las habitadas por los pobres pueden considerarse como sepulcros de vivos. Por esto, en las fuertes epidémias se necesita algo más que lo dicho, y este algo lo suministra la química con sus desinfectantes más ó menos enérgicos; esto es, con las fumigaciones de vinagre, de azufre, de ácido muriático, de ácido nítrico, de cloro ó guitonianas, y las del Dr. Luna,

¿Cuál de ellas deberá usarse con preferencia?: brevemente vamos á contestar.

Si de lo que se trata es de desinfectar cuartos ó ropas de coléricos preferimos las de cloro ó de Guiton de Morveau. A cuyo efecto, reunidas en el aposento donde estuvo el enfermo todas las cosas de que hizo uso, se pone en una taza de barro una onza de manganeso y tres de sal comun reducidos á polvo, se vierte encima de una vez dos onzas de ácido sulfúrico y dos de agua, se revuelve la mezcla y se cierran todas las puertas. Pasadas algunas horas, se abre el aposento, se le ventila antes de entrar en él, y se sacan despues todos los objetos de lana y lienzo para lavarlos; á los muebles se les lava tambien con la disolucion de cloruro de cal. Puede sustituir á la fumigacion guitoniana esta otra: dos onzas de cloruro de cal seco desleido en media taza de agua, sobre cuya mezcla se vierte cuatro onzas de vinagre fuerte.

Cuando tan solo se desea purificar la atmósfera del enfermo, basta colocar en un rincon de su aposento una jofaina ó vasija chata con la disolucion de cloruro de cal, rociar frecuentemente el suelo con el mismo líquido, y colgar en varios puntos paños mojados en ella. Las fumigaciones de vinagre, que se hacen vertiendo cierta cantidad de este líquido sobre una plancha de hierro caliente, y sus rociamientos en el suelo y ropas, pueden reemplazar imperfectamente á las de cloro.

Por último, si se quiere fumigar la casa y ropas, como complemento de su purificacion natural, aconsejamos las fumigaciones del distin-

guido químico español el Sór. Luna, que se hacen de este modo. Despues de levantarse el sujeto de cama y estendidas sobre ella todas sus ropas de uso, se echa en un vaso de cristal dos onzas de ácido nítrico y una pieza de dos cuartos; se cierra en seguida el aposento, y pasadas una ó dos horas, se abre y ventila.

Aunque hemos sentado, en principio general, que no hay preservativo alguno seguro, infalible, absoluto, para librarse del cólera, vamos á fijar nuestra atencion breves momentos acerca de una medida preservativa, que no obstante su carácter negativo, ninguna otra le iguala en eficacia y positivismo; nos referimos al abandono del pueblo infestado ó que se teme lo sea.

No cabe duda que huir de un peligro real amenazante es humanamente precaverlo; y por tanto, que el escapar á tiempo de una poblacion epidemiada ofrece una seguridad casi completa de evitar el contágio ó la infeccion. Pero, si esto es ciertísimo aplicado á la mayor parte de las epidemias, sufre alguna escepcion en la del cólera; porque, ya se considere la causa de este mal trasmisible tan solo por la atmósfera, ya por las personas ó cosas, lo caprichoso de sus ataques impide que se le pueda trazar anticipadamente la ruta que ha de seguir, ó los puntos que elegirá durante su marcha invasora. De lo que se sigue, que no está libre de todo inconveniente la más pronta huida.

En efecto, si se sale por temor de que acometa al pueblo donde se reside, hay la exposicion de ir á otro donde aparezca primero: si se escapa, por el contrario, cuando la enfermedad estalla,

es muy posible que suceda lo que la experiencia tiene acreditado en gran número de casos, que se lleve consigo el germen del mal, ó que este monte con el sujeto en las ancas del caballo ó en el pescante del carruaje, y que le ataque en un sitio donde se halle privado de comodidades, y lo que es peor, de todo género de auxilios.

Hay, pues, necesidad de meditar bien esta resolución, que demasiado pronta ó tardía expone á tan graves inconvenientes. Desechando las autoridades el funestísimo sistema de la ocultación, el momento oportuno para la huida será aquel en que se declare oficialmente la aparición del primer caso epidémico. De este modo, se evitará esa numerosa desbandada en la hora suprema del peligro, ese terrible pánico que se apodera de todos los habitantes, que desconociendo la verdad, se exageran mutuamente el número de acometidos y muertos, y lo que es aún más sensible, que el mal ensanche dentro y fuera su radio de acción. Huyan todos los meticulosos que puedan y que no tengan un deber social que cumplir (aunque todos lo tienen); pero háganlo con oportunidad y vuelvan tarde, y se evitarán á sí mismos, á las partes donde vayan y á su pueblo cuando regresen, funestas consecuencias.

No concluiremos esta materia de los preservativos del cólera sin hacer mención de un medicamento al que se le ha dado exagerada importancia. Ya lo hemos dicho y volvemos á repetir, no hay sustancia alguna vegetal, animal ó mineral que tenga virtud preservativa absolu-

ta contra el cólera, ni siquiera relativa aconsejada indistintamente á todas las personas. Todo cuanto se ha preconizado con alguno de estos caracteres es por lo menos inútil, ya que no perjudicial. En efecto, la demasiada confianza que inspiran hace desatender las precauciones higiénicas que dejamos expuestas, únicas que merecen el legítimo título de preservativas. Justo es, sin embargo, hacer una escepcion en favor de la quina y del sulfato de quinina, medicamento á que nos referiamos.

Estas sustancias medicinales, sin disfrutar de virtud específica preservativa, ejerce una saludable influencia en la constitucion de ciertos individuos y en algunos estados enfermizos. Conviene, pues, su uso á las personas débiles, sensibles é irritables, á las achacosas, á las que padecen habitualmente de trastornos digestivos, como inapetencias, malas digestiones, flatuosidades y otras molestias, y finalmente, á las que por el miedo se le han perturbado las funciones de los nervios y de la digestion. Puede usarse en todas estas circunstancias, ya el cocimiento ligero de quina amarilla, tomado en ayunas templado, con muy poca leche y en cantidad de medio á un cuarteron, ya una pildora de grano del sulfato de quinina al tiempo de desayunarse. Estos medicamentos, repetimos, sin preservar directamente del cólera; dán tono á los nervios, se oponen á la debilidad, y asociados á los medios higiénicos, completan el cuadro de los preservativos, que la ciencia posee como de utilidad incontestable en la inmensa mayoria de los casos.

FENÓMENOS QUE CARAC- terizan el Cólera.

No es indiferente al vulgo, como á primera vista pudiera creerse, el conocimiento de los síntomas con que se manifiesta la enfermedad de que nos ocupamos. La benignidad insidiosa de su más comun acometida, la aparición brusca é inesperada con toda su horrenda faz ó cuando ataca desde luego con sus más agudas armas, la brevedad de su curso, las dudas en el primer caso, la confusion y el espanto en el segundo, y la dificultad, en suma, de la pronta llegada del médico, reclaman de todos el conocimiento de las manifestaciones exteriores de esta enfermedad, ya para avisar al hombre de la ciencia con la debida oportunidad, ya para acudir al punto con prontos y eficaces auxilios domésticos hasta la llegada de este.

Son varios los males que pueden confundirse por la analogia de sus síntomas con el cólera benigno, ó colerina, y con el fulminante, algido ó azul: tales son; los vómitos y diarreas por indigestion, biliosas, catarrales y sudorales, y algunos envenenamientos. Más afortunadamente no es fácil su confusion como vamos á ver.

Fenómenos que preceden al cólera. No se pueden fijar con toda certeza las indisposicion es pre-

cursoras del cólera, ya por lo variadas que son en los casos de ataque lento, ya por lo fugaces cuando invade reciamente. Con todo, los más frecuentes en el primer caso son algunos de estos: desazon penosa é inesplicable en la boca del estómago, acompañada comunmente de ardor y falta de apetito, cansancio, debilidad, dolor de cabeza y vientre, y diarrea comun más ó menos abundante. La duracion de estos síntomas es variable; pueden durar dos, diez, y aún quince dias.

Sintomas de la colerina ó primer período del cólera. Diarrea y vómitos de materias líquidas, ó sero-mucosas, de color más ó menos oscuro, inapetencia ó repugnancia á los alimentos, dolores de vientre y de cabeza, ruido de tripas, vértigos, aturdimiento ó zumbido de oídos, debilidad general, calambres ligeros, voz algo apagada y escalofrios. En grande número de casos queda aquí limitada la enfermedad; pero en otros, especialmente cuando no se le atiende á tiempo, sobreviene el segundo período.

Sintomas del cólera azul. Diarrea frecuente, abundante, imperiosa, de un líquido turbio, inodoro, blanquesino ó agrisado y en el que nadan copos mucosos, pareciéndose á un cocimiento de arroz muy cargado; vómitos frecuentes de materias semejantes á las arrojadas por las cámaras; sed viva; lengua húmeda y fria; supresion completa de orina; calambres en los pies y pantorrillas que se estienden á los brazos, boca del estómago ó á todo el vientre; color aplomado de las estremidades, rostro, cuello

y pecho; opresion fuerte de éste, voz apagadísima; piel fria como el mármol; cara muy descompuesta, con los carrillos chupados, afiladas las facciones, hundidos los ojos profundamente en sus cuencas y espresando toda ella abatimiento ó sufrimiento; integridad de la inteligencia; algun sopor y agitacion. Tales son los sintomas que más caracterizan este período y cuyo conocimiento importa más al vulgo. Cuando la vida se reanima, ya por un esfuerzo superior de la naturaleza, ya por los auxilios del arte, pasa el enfermo al tercer período.

Síntomas del período de reaccion. Respiracion fácil; cara animada y encendida; ojos lagrimosos; calor en la piel; sudores copiosos; restablecimiento de la orina; dolor de cabeza; moderada calentura; debilidad general; algo de insomnio y agitacion por la noche.

No siempre termina el mal favorablemente con esta reaccion franca y benigna, ni siempre se presenta esta en todos los casos con iguales caracteres. Así se ven muchos enfermos en los que, sin reaccion ó violencia alguna de parte de la naturaleza, la salud se recobra gradualmente, y tambien otros, no escasos en número, en que la calentura se complica con lesiones profundas de órganos importantes, que llevan casi inevitablemente á una terminacion fatal.

Caracteres que distinguen el cólera-indiano del esporádico ó comun.

CÓLERA-INDIANO.

Vómitos compuestos de un líquido turbio con copos blancos.

Evacuaciones de vientre parecidas á un cocimiento fuerte de arroz y que tuviese en suspension como fragmentos del mismo grano.

Color azulado de la piel.

Estos síntomas y los omitidos son muy violentos y persistentes.

La orina está completamente suprimida.

CÓLERA COMUN.

Vómitos alimenticios primeramente y despues biliosos.

Cámaras biliosas.

Palidez ó color amarillo-verdoso del rostro.

Todos sus síntomas tienen menos violencia y persistencia.

Nunca es completa la supresion de orina.

Caracteres distintivos del Cólera-indiano y de los envenenamientos violentos.

Cámaras y vómitos característicos.

Dolor causado principalmente por los calambres.

Color azulado de la piel.

Vómitos alimenticios y biliosos y cámaras biliosas y acres.

Dolor y ardor debidos principalmente á la inflamacion del estómago é intestinos y á la constriccion de la garganta.

La piel no presenta la coloracion azul.

TRATAMIENTO CURATIVO doméstico del cólera-indiano.

Precaver las enfermedades es curarlas. La medicina negativa, ó sea la que no emplea el medicamento, el hierro y el fuego, es más activa, más eficaz, más poderosa, que estos medios aplicados al sin número y variedad de enfermedades que afligen á nuestra especie. Tenga siempre presente el vulgo esta importante verdad y se ahorrará muchos dolores, muchas lágrimas, muchas amarguras.

Por desgracia de la humanidad no se dá oídos, generalmente, á los prudentes consejos de la ciencia para conservar la salud del cuerpo; como tampoco se atienden, cual debieran, los de la religion para mantener sano el espíritu y tranquila la conciencia. Se quiere por muchos una medicina y una religion acomodaticias á nuestros gustos, á nuestras pasiones, á nuestros caprichos, á nuestros vicios; se desea vivir sin traba alguna física y moral, y aún por algunos, en continuada orgía. Pero enferma el cuerpo, arrebatada la muerte prematuramente una existencia preciosa, y se increpa y escarnece la ciencia por no poseer medios seguros, prontos y agradables, con que combatir los males y prolongar la vida.

Desengañense los ilusos; la Medicina es po-

derosa para prevenir las enfermedades; tambien tiene poder para curar muchas y para aliviarlas todas; pero de la higiéne es donde ella saca sus más eficaces socorros para precaverlas y auxilios preciosos para sanarlas. No se culpe á la ciencia de nulidad porque no posee un específico para cada padecimiento, como tiene el arte culinaria una salsa para cada paladar. Esto seria sin duda lo mejor; á ello aspira el arte médica, y á conseguir este fin consagran los que la ejercen sus talentos y vigiliias.

No hay que esperar, por tanto, que nosotros, á imitacion de algunos médicos, propongamos un tratamiento para el cólera superior á los conocidos, ó algun específico para curarle; pero sí decimos, y sirva esto de consuelo, que de todos los males contagiosos y epidémicos, ó de todas las grandes pestilencias, es la que con más seguridad se precave y la que mejor se cura. Se precave casi siempre, observando, sin exageracion, las reglas de conducta y régimen de vida que dejamos expuestas: y se cura; en la mayoria de los casos, cuando llegan con oportunidad los auxilios del arte. Para alcanzar este propósito importa mucho no descuidarse, ó atender desde luego, ya á las sencillas indisposiciones de vientre, ya con más motivo á la colerina y al cólera azul.

Como no pueden determinarse con exactitud las alteraciones nerviosas y de vientre que anuncian ó preceden al ataque del cólera, deberá atenderse con el mayor esmero cualquiera de estas por conocida que fuese su causa. Así, desde que se vea un individuo acometido de diarrea, guar-

dará cama; se arropará moderadamente; se adietará; usará de alguna infusion aromática, como de té negro, tilo, sauco ó manzanilla, y conservará el sudor hasta que pase la indisposicion.

¿Se trata de la colerina? Hay necesidad entonces de redoblar las anteriores precauciones; esto es, meterse al punto en cama y arroparse mucho; aplicarse á las estremidades inferiores sinapismos,—que se hacen con partes iguales de harina de mostaza y de trigo, ó bien de salvado fino, y la cantidad de agua caliente necesaria para hacer una masa de mediana consistencia que se pone entre dos paños;—colocar sobre ellos algunas botellas de agua caliente; tomar de media en media hora una taza de alguna de las infusiones dichas (de té negro bien cargado es la que nosotros preferimos); ponerse de dos en dos horas media lavativa de cocimiento de manzanilla templado con una cucharadita de vinagre, y avisar al médico.

¿Es el cólera azul lo que acomete, ya venga en pós de la colerina, de indisposiciones ligeras descuidadas, ó ya ataque de improviso? Entonces la primera disposicion es avisar al médico, y mientras llega, dar al enfermo friegas secas con un cepillo de lana, ó de ropa cubierto de franela, por todo el tronco y estremos inferiores,—operacion que deberán hacer dos personas colocadas á los lados de la cama y por debajo de las cubiertas;—aplicarle en seguida á los pies, pantorrillas, muslos, rodillas, vientre y espaldas, sinapismos más cargados de mostaza que los anteriores, y á cuya masa se añaden algunas

cabezas de ajo machacadas y un puñado de sal molida; poner sobre la primera manta que cubra al enfermo ladrillos ó saquillos de arena bien calentados, ó botellas de agua caliente; dar al enfermo de cinco en cinco minutos una pequeña taza de la infusion de té negro con una cucharada de rom y una gota de láudano; y por último, ponerle media lavativa del cocimiento templado de manzanilla con dos cucharadas de vinagre comun ó una del alcanforado y seis gotas de láudano; si no la retuviese el enfermo, se repetirá al cuarto de hora hasta la llegada del médico.

Declarada la convalecencia, dos son los fenómenos que más molestan á los enfermos y que merecen de su parte el mayor cuidado, el extraordinario apetito y la constipacion tenaz de vientre. Necesario es hacer algunas advertencias á este propósito á fin de evitar fatales recaidas, tanto más fáciles cuando no se observa un régimen severo y estricto.

Debe comenzarse la alimentacion por caldos ligeros de gallina desengrasados, que tomados á menudo en pequeña cantidad, templan algun tanto el hambre; á este corto alimento reemplazarán luego las papas de sémola, harina de arroz, tapioca ó al-cuzcuz, tres veces al dia, alternando con caldos, y pudiendo tomarse, una sola vez, un poco de pollo ó pichon cocido con media copita de vino generoso: finalmente, la sopa de pan ó de arroz bien cocida; la ternera, pollo ó pichon asados, y un poco de buen vino, es el alimento, que en moderada cantidad, hay que usar durante algun tiempo, hasta que el restablecimiento de las fuerzas y condiciones habituales de salud permitan ir pasando con me-

sura al régimen alimenticio ordinario. Para combatir la constipacion de vientre se usará diariamente una lavativa de cocimiento de malvas templado, ó de agua templada con algunas gotas de aceite comun, debiendo proscribirse toda clase de purgantes, aún los más ligeros. Importa, por último, tener en cuenta que perjudica mucho levantarse pronto de cama, tener poco abrigo y salir á la calle antes de tiempo.

BOTIQUIN DOMÈSTICO.
ò cosas que deben tener las familias para ocurrir à las necesidades perentorias del cólera.

Si las familias previsoras acostumbran estar provistas de algunas sustancias medicinales sencillas para aplicarlas á los accidentes morbosos comunes, que acometen de improviso en el curso ordinario de la vida, con más justificado motivo deben atender á estas precauciones en toda epidemia y especialmente en la de cólera, que como todos saben, se hace indispensable no perder un solo momento desde el principio del mal.

Así, aconsejamos á todos los que cuenten con los recursos necesarios que se provean de los objetos siguientes:—Una ó dos botellas de rom legítimo, ó en su defecto de buen aguardiente de azúcar de caña; media ó una arroba de buen vi-

negre blanco (el de cidra es el mejor), dos cepillos de lana, que pueden sustituir dos comunes de cerda fuerte cubiertos con una funda de bayeta; dos rollos de venda, de franela ó lienzo, de ocho varas de largo y tres pulgadas de ancho; una docena de ladrillos, ó de tejas, ó de jarras de ginebra, ó de saquillos de arena de las dimensiones de estas; una cantidad considerable de mostaza molida, de harina de trigo y de linaza; una ó dos libras de cloruro de cal seco que se conservará en un frasco bien tapado y al abrigo de toda humedad; una libra de azufre; los ingredientes para las funigaciones de cloro; bastante porción de té negro y de las flores de sauco, de manzanilla y de tilo; un frasco de cristal, que tape bien y de capacidad de seis á ocho onzas, para alcohol alcanforado, y otro igual para vinagre alcanforado; un frasquito, en suma, de láudano, forman un botiquin casero que presta incontestables servicios en epidemia tan calamitosa.

No se nos oculta que todas estas cosas, ni en su número ni en su cantidad, se hallan al alcance de todas las fortunas. Pero, las modestas pueden atenerse á lo más indispensable que reclaman imperiosamente los casos graves, como son, los medios para calentar el cuerpo; el té y flores aromáticas; el aguardiente de caña; el vinagre y la mostaza. A los pobres no se dirigen estos consejos, porque las autoridades, sus tutores legítimos, y las personas caritativas cuidarán que nada les falte con la prontitud y oportunidad necesarias en tan afflictivos trances.

RESÚMEN GENERAL.

1.º El cólera es una enfermedad contagiosa é infecciosa; esto es, trasmisible por las personas, las cosas y por la atmósfera que rodea á los enfermos.

2.º Ignoramos su causa determinante, pero conocemos sus medios conductores,—las personas, las cosas y el aire que respiran los enfermos,—y esto basta para que los gobiernos preserven á los pueblos de sus ataques, y los individuos se precavan á si mismos cuanto puedan.

3.º La ciencia tiene averiguado y precisado un monton de circunstancias individuales y exteriores que disponen el organismo á la accion de la causa especifica y á sus fuertes acometidas.

4.º En este conocimiento de las causas ocasionales y predisponentes descansa todo un buen sistema de preservacion sobre lo que conviene y perjudica en alimentos, bebidas, abrigo, pasiones de ánimo, ejercicios, trabajos físicos y morales, habitacion, atmósfera y conducta con los enfermos.

CONVIENE.

—
No cambiar de repente la conducta y régimen de vida no siendo desarreglados.

Comer y beber con sobriedad y á horas regulares y

PERJUDICA.

—
Perseverar en los malos hábitos higiénicos, en el desórden de las costumbres, en los excesos de todo género; como tambien la exageracion

constantes.

Escoger los alimentos más sanos y tomar un poco de vino tinto seco ó áspero.

No satisfacer por completo el natural apetito.

Beber agua templada cuando se esta acalorado ó sudando, y sobre la comida, según las costumbres, ya una taza de té ó de café ligero, ya una copa de vino generoso ó media de rom.

Andar abrigado y no comprimido y precaverse, cuanto sea posible, de los constipados.

Tranquilidad de espíritu; no incomodarse ni irritarse por nada.

Hacer moderado ejercicio á horas en que el sol ni mo-
leste ni esté puesto.

Trabajar física y moralmente con la mayor moderación.

La limpieza y ventilacion de las casas y camas, y la desinfeccion de la cloacas, sumideros y vertederos.

Fumigar con cloro, azufre ó vinagre la habitacion y ropas de los enfermos.

No entrar en las viviendas de estos más que las personas de su asistencia; las que se lavarán á menudo las manos con vinagre ó agua clorurada y mudarán frecuentemente la ropa interior y exterior.

de los preceptos de la ciencia.

El desarreglo en las comidas, y el comer y beber demasiado, aunque sean alimentos y bebidas sanas.

Los alimentos indigestos, como el tocino, la morcilla, longaniza, pescados salados y en escabeche, carne fresca ó salada de cerdo, verduras flatulentas, ensaladas crudas, pimientos, tomates, frutas verdes, pasadas ó muy acuosas.

Las bebidas frias, como los sorbetes y helados, la leche, toda clase de licores, la cidra y la cerveza, la champaña sobre la comida.

El desabrigo y la compresion del cuerpo, especialmente á las mugeres, niños y viejos, el mojarse los pies y el no cambiar pronto la ropa cuando se humedece.

El miedo excesivo, el afectar valor no teniéndolo, la temeridad del valor y desafiarse el peligro con baladronadas y escesos.

Tomar el rocío de la noche y pasear lloviendo.

El cansancio, la fatiga corporal y de espíritu y las vigili-
as prolongadas.

Visitar los enfermos tan solo por curiosidad ó afecto: hacerlo por obligacion en ayunas y descuidando toda clase de precauciones.

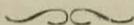
5.° Los desarreglos de vientre, la desazon de estómago, los temblores pasajeros, la inapetencia, ó la náusea, sin poderse caracterizar de fenómenos precursores ni invasores del cólera, son, en grande número de casos, los que anuncian su invasión, y deben, por tanto, atenderse siempre con la quietud en cama, la dieta moderada, y las infusiones teiformes.

6.° Los cursos líquidos, los dolores de vientre, el ardor de estómago, la inapetencia, los escalofrios, los calambres ligeros, el malestar y abatimiento, caracterizan el primer período del mal, ó la *colerina*; y en su virtud, debe al punto procurarse la traspiracion, arropándose bien en cama, adietarse, ponerse sinapismos y botellas calientes, y llamar al médico.

7.° Los cursos y vómitos de un líquido parecido al suero con copos que sobrenadan, ó á un cocimiento de arroz con fragmentos de lo mismo en suspension, la descomposicion del semblante, la frialdad y el color aplomado de la piel, la falta de orina y la voz apagada, indican el ataque fulminante, y la necesidad imperiosa de llamar al médico; y entretanto, calentar al enfermo con frotaciones, ó con botellas de agua, ó ladrillos, ó sacos de arena bien calientes, aplicar fuertes sinapismos, y darle á beber alguna infusion aromática con rom.

8.° Durante la convalecencia, importa sobremanera tener el más esquisito cuidado en la alimentacion y abrigo, cuyos escesos son ocasionados á recaídas, que en la generalidad de los casos, son mortales.

9.º y último. Todo el que cuente con algunos recursos debe provistarse de cuanto se necesita para prestar los primeros auxilios á los que el mal acomete con violencia.



DOS PALABRAS

á la juventud médica de Galicia.

Si no abrigásemos el íntimo convencimiento de que esta tercera invasion del cólera-indiano era la última, en vez de esta breve y sencilla instruccion popular, quizá hubiésemos escrito una memoria y analizado en ella todos los puntos cuestionables de su historia, para ver si podíamos llevar alguna luz donde, en nuestro humilde concepto, no deben reinar las tinieblas.

Empero, afortunadamente todo hace presumir que esta terrible enfermedad quede tan solo consignada en las obras de la ciencia, no volviendo la humanidad á sufrir cuarta vez sus horrendos estragos. Esta es la razon porque queremos hacer algunas advertencias á los médicos jóvenes, que se educaron en esta escuela, acerca de los puntos principales de esta enfermedad, objetos de tanta discusion y de tan opuestas opiniones que llevan al espíritu la duda, la confusion y el decaimiento cuando se está frente al enemigo, cuando se tienen que arrostrar con ánimo sereno sus fuertes acometidas y lo sutil y mortífero de sus armas, y cuando, en suma, hay que tener un criterio fijo para aplicar con fé y energia cuanto una observacion y experiencia razonadas tienen enseñado de útil y benéfico.

Ahora bien; ¿qué pensais, me preguntareis, de la naturaleza del cólera, de su causa determinante, de su trasmisibilidad y de su tratamiento? Voy á contestaros en breves palabras. El cólera-indiano es lo que lo hacen ser sus fenómenos conocidos; lo que lo harán los que

podemos conocer, con el desconocido que siempre ha de acompañarle. Más claro; la naturaleza del cólera es actualmente lo que conocéis de ella desde el primer fenómeno hasta el último. En efecto, el conjunto de sus síntomas en su evolución total os está evidenciando; primero, su especificidad, porque siempre se ostenta con igual fisonomía, con idénticos fenómenos, cualesquiera que sean por otra parte las condiciones individuales, climatéricas y topográficas: segundo, su contagiosidad, ó sea la propiedad de elaborar el mismo agente que la produce: tercero, el profundo estupor, el aplanamiento grande, la sideración fuerte que determina en todas las funciones innervadoras: cuarto, la inmensa pérdida de humores por vómitos y cámaras, entre los que figuran por su cantidad el suero de la sangre: quinto, la violencia de sus síntomas y la rapidez de su curso: sexto y último, su terminación fatal por asfixia, síncope ó estupor. Todo esto, y los detalles que omitimos referentes á las alteraciones funcionales, orgánicas y de la sangre, es el cólera en la naturaleza y la naturaleza del cólera.

Podemos, pues, decir que conocemos esta con igual evidencia que la de todas las enfermedades. No hay en ella misterio alguno, puesto que sabemos bastante para clasificarla y tratarla racionalmente. Nada falta que investigar en su historia sintomática, causal, curativa y preservativa. Si la observación clínica, anatómico-patológica, química y microscópica no han satisfecho todavía nuestros deseos, en igual caso se encuentran las otras enfermedades aún las mejor conocidas. La observación y la experiencia razonadas enriquecen diariamente la historia de todas con nuevos hechos y leyes experimentales, que confirman, anulan ó aumentan el número de las que la ciencia posee. Esto mismo pasa en física, en química, en historia natural y en todo conocimiento empírico: no tenemos motivo legítimo para lamentarnos.

¿Cual es la causa determinante de esta enfermedad? La desconocemos aún como fenómeno, y la desconoceremos siempre en su esencia íntima. Las causas *en sí* nos está vedado penetrar por los sentidos, apreciar por la ex-

perencia: ¿y como nó si la única causa *en si* propiamente hablando es la primera, el autor de todo lo creado, el que todo lo ha hecho y gobierna con su voluntad omnipotente? Estudiemos, observemos, experimentemos, analicemos y sinteticemos, pero limitando nuestras aspiraciones á saber fenómenos causantes, fenómenos causados, sus relaciones y las leyes que los rigen; ir más allá es salirse de la esfera del conocimiento empírico, es caminar por tinieblas.

Sí, pues, no pueden conocerse experimentalmente las causas *en sí*, debéis limitar vuestras investigaciones al fenómeno causal inmediato, ya sea un miasma, ya un cuerpo animado ó inanimado, ya un estado especial de la atmósfera. Grandes son, no obstante, las probabilidades que militan en favor de la naturaleza miasmática de la causa engendradora del cólera en su origen, si atendemos á lo conformes que se hallan todos los observadores de la India en referirla á las condiciones topográficas accidentales creadas por las inundaciones del Ganges.

Entretanto esto se demuestra de una manera inequívoca, nos bastan para resolver cuestiones importantes, enlazadas estrechamente con la de causalidad, los siguientes incuestionables datos que la ciencia posee; especificidad causal; la atmósfera su primitivo conductor en la India; las personas y cosas sus medios de propagación á otros países; finalmente, estas primero y la atmósfera despues en los puntos exóticos que invade.

¿Como obra en el organismo y por donde penetra el agente cóterico? Se ignora como sabeis; y aunque la ciencia pueda dar de estos fenómenos explicaciones más ó menos racionales y aceptables como posibles, y aunque á nuestra vez pudiesemos daros otra distinta, que no perderia un ápice su carácter de posibilidad, nada adelantariais á lo que sobre el particular conoceis, y nosotros no queremos deciros otra cosa, en estas breves advertencias, que lo que pueda conducirnos á formar del mal en cuestion un sólido criterio para el triste caso que tuvieseis necesidad de aplicarlo á la práctica.

Quando el enemigo llama á nuestras puertas con el

fúnebre aparato de sus ponzoñosas armas debe callar toda discusion estéril en tales circunstancias, y limitarse tan solo á propagar los conocimientos adquiridos en la más sana observacion. De otro modo nos expondríamos á que nos sucediese lo que al célebre Arquímedes, que sorprendieron y asesinaron cruelmente los enemigos de su pátria cuando, tranquilo en su cuarto, se hallaba delineando una máquina de guerra con que combatirlos y exterminarlos.

¿Como debe tratarse el cólera ó cual es su tratamiento más ventajoso? Esta es la cuestion vital, la que interesa á la humanidad afligida por este azote, y en la que no debe haber, ni cabe, divergencia de opiniones, porque sus términos los tiene establecidos solidamente la más exacta observacion. Y en verdad, parece increíble que se hallen tan divididos los pareceres de los prácticos á tenor del tratamiento del cólera, que encomien tan diversos medicamentos, cuando todos, expresa ó tacitamente, reconocen las mismas indicaciones, y conspiran á satisfacerlas de un modo directo ó indirecto con sus predilectas medicaciones.

Efectivamente, hay dos órdenes de fenómenos en el cólera-indiano que ningun médico, á no tener ofuscada la imaginacion por alguna teoria, les niega su naturaleza genuina: estos son; la profunda postracion de las principales funciones de la vida y la pérdida grande y rápida de humores naturales. Ved aquí las fuentes legítimas de esas indicaciones de que ha poco os hablaba.

Reanimar, pues, la vida, que por momentos se estingue, con el uso de los estímulos más fuertes al exterior, y con escitantes y tónicos poderosos al interior, y contener ó suprimir las evacuaciones, á estos fines deben dirigirse, y á estos se dirigen, en efecto, siquiera sean por distintos caminos, los esfuerzos de todos los médicos con los medios comunes y especiales que emplean.

Como nosotros no discutimos aquí, tan solo os manifestaremos en conclusion los medios, de que nos hemos valido, con resultados generalmente satisfactorios, para combatir tan terrible enfermedad en las anteriores epidémias.

Fuera de toda duda la naturaleza específica causal y sintomática del cólera, claro está que hemos debido desecharlo en la invasión de 1854, el tratamiento preconizado en la de 1834, ó sean, las sangrias, sanguijuelas y baños. Ni aún en la colerina usamos la medicación emoliente por ineficaz y expuesta á peligros, limitándonos en este caso á los sudoríficos y á los opiados prescritos con mesura.

En el tratamiento del cólera fulminante nosotros ordenamos los medios siguientes.—Cuando no es muy intenso ó está en su principio, hacemos despojar al enfermo de todas sus ropas, envolverle los pies, piernas, y muslos con grandes cataplasmas de linaza espolvoreadas con mostaza, y al pecho y vientre cataplasmas de lo mismo rociadas con aguardiente alcanforado, envolverle en seguida con un cobertor bien caliente sobre el que se aplican botellas de agua caliente, ladrillos ó sacos de arena, colocando encima tres ó más mantas; darle de cinco en cinco minutos una taza de infusión de té negro con una cucharada de rom y una gota de laudano, y de media en media hora, media lavativa de cocimiento de manzanilla con una ó dos cucharadas de vinagre comun. Si la reacción no aparece pronto; si por el contrario, se declara el período azul y urémico, entonces mandamos cubrir el cuerpo con fuertes sinapismos; aplicar á los miembros abdominales una venda apretada en espiral, que comenzando en los pies termine en la parte media del muslo, y una faja también apretada en derredor del vientre, con el objeto de calmar los calambres; remudar con frecuencia los medios de calefacción, y si el enfermo fuese un niño, en vez de sinapismos, le hacemos envolver en una sábana mojada en agua caliente muy cargada de mostaza. Prescribimos al interior, cada cuarto de hora, una cucharada de esta solución del sulfato de quinina (un escrúpulo de esta sal, disuelta convenientemente, unida á una onza de jarabe de diacodion y á dos de agua destilada de menta), y si los vómitos y la agitación son considerables, ordenamos una cucharada, de media en media hora, de este calmante (una onza de agua de azahar, dos de tilo,

una de jarabe de menta, quince gotas de éter nítrico alcanforado y diez y ocho gotas de láudano de Sydenham): de bebida comun dámos las limonadas sulfúrica ó nítrica en pequeña cantidad cada vez. Por último, cuando la vida se escapa, no titubeamos usar el medio aconsejado por Petit, esto es, estender sobre el raquis, dos ó más veces al dia, un pedazo de franela empapada en una onza de aceite esencial de trementina y una dracma de amoniaco líquido, cubrir esta compresa con lienzos mojados en agua, y pasar por encima una plancha bien caliente.

En el período tifóideo usamos las sanguijuelas, la nieve aplicada sobre la cabeza, las limonadas y los cáusticos.

Como podeis conocer no nos es posible deciros más que los medios comunes que empleamos para satisfacer las indicaciones principales. Son por otra parte tan variadas las condiciones individuales y exteriores que modifican aquellas, que tan solo el buen juicio del práctico puede apreciar en su justo valor para hacer en la medicacion general las modificaciones convenientes. Hay, empero, una variedad rara de cólera, llamada seco ó espasmódico, que importa conocer, porque no le es aplicable en todas sus partes el tratamiento general. Observada especialmente en la juventud, se caracteriza por un estado febril bien desenvuelto, por un sentimiento de incomodidad y opresion considerable en el pecho, por calambres violentísimos y repetidos con frecuencia, tendencia al delirio y falta de vómitos, diarrea y enfriamiento. Claro es, que en estos casos, hay que suprimir la medicacion estimulante esterna; hacer uso de alguna evacuacion sanguínea local para combatir el estado de irritacion del encéfalo; prescribir interiormente la quinina y las limonadas, y combatir los calambres con fricciones calmantes y la compresion.

Una advertencia final; de los variados medicamentos que se han aconsejado últimamente, no vemos más que dos que puedan usarse con provecho, el sesqui-cloruro de hierro al interior, y exteriormente, la sábana mojada en vinagre caliente, vigorizado con el ácido acético,

para envolver al enfermo.

Tales son los consejos que nos hemos permitido daros, como maestro que de vosotros fuimos en su día; recibidlos como una muestra del vivo interés que siempre nos ha inspirado vuestra sólida instruccion.



